



UNA JORNADA PARA OLVIDAR

Toño Guede

—LIBRUM—
EDITORIAL



UNA JORNADA PARA OLVIDAR

Toño Guede

— LIBRUM —
EDITORIAL

www.librumeditorial.com

©TOÑOQUEDE 2024

Librum*Editorial*

www.librumeditorial.com

+593 984312971

wilmerk@gmail.com

Ambato-Ecuador

Primera edición

821.134

G924

Guede, Toño, 1971- , autor

Una jornada para olvidar / Toño Guedes .-- Ambato-
Ecuador : Librum Editorial, 2024

1 recurso en línea (43 p.)

“Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en wilmerk@gmail.com”

1. Novela

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en wilmerk@gmail.com

Alzó la carta.

La Muerte.

Se hizo un profundo silencio.

El maestro de ceremonia, con la solemnidad que dan los instantes de tensión en esas situaciones, se irguió de la silla con lentitud, majestuosamente, sabiéndose dominador del tiempo. Miró al grupo. Nos miró fijamente con un rictus y sonrió mientras contemplaba abstraído el techo. Esperaba aumentar la tensión. Finalmente encaró al destinatario de la carta.

—¡La muerte!

No dijo más, no lo precisaba. Ya la mente del señalado haría todas las conexiones idóneas.

Echó descuidadamente encima de la mesa la carta.

Miro Doallo quedó contemplando la figura dentro del naipe, un esqueleto ataviado con una túnica negra y que portaba una guadaña, su distintivo particular. Tragó saliva.

La noche prosiguió su curso, lenta.

Posteriormente, a Adelaida Currás las cartas anunciaron un próximo amor. Un tórrido romance que traería un nuevo amanecer a su larga primavera de más de sesenta años. A continuación, a Damián Soto le prometieron dinero. Promesa que acogió con alegría, ya que al salir tendría que abonar la lectura del Tarot, gastando sus últimos ahorros en esa sesión. A Fina Guijarro salud, y unas futuras vacaciones con una estancia inolvidable en un paraje exótico. A Fina no le agradaban los parajes exóticos. Tampoco los parajes vulgares.

Finalizada la sesión se encendió la luz. Uno por uno fueron pasando por la puerta de salida donde una joven recogía en un cesto los billetes, solo billetes, que a modo de propina, ya que la lectura de cartas era gratuita, dejaban los intervinientes en el acto. Mientras, el maestro de ceremonias acechaba durante esa salida para comprobar la caridad de los participantes, y sobre todo albergaba un sentimiento religioso. Ver al maestro en esa pose le trajo a la memoria todos los miedos antiguos. Comenzó a temblar.

– Repite conmigo.

– Repito.

El maestro de ceremonias improvisó una serie de monosílabos dichos con voz a veces ronca y en otras gutural. Cuando se cansó de improvisar, juntó las palmas. El ruido provocó un sobresalto en Miro, que aprovechó para ponerse de pie.

Sin hablar, el maestro de ceremonias salió. Miro, sin tener claro qué tenía que hacer, decidió caminar tras él hasta la puerta. Allí esperaba la joven, con el cesto.

– Este pequeño extra merece cierta recompensa. Piense que estamos rompiendo con la línea que el destino ha marcado para usted.

Miro sintió cómo le hervían las mejillas. Le dio cuanto dinero tenía, mirando con vergüenza su cartera al no poder echar más billetes dentro de la cesta.

– Espero que no sea necesario volver a repetir este hechizo de vida, pero uno nunca sabe cuándo la línea de la existencia se puede torcer. Si advierte alguna pequeña sospecha de que puede estar en peligro, no dude en llamarme. Estaré encantado de poder cuidar de usted. Tenga este elixir – le dio la botella –. Son treinta euros.

Miro quedó pensativo. No tenía más dinero. Además, consideraba que ya era bastante lo que había abonado para expulsar a la Muerte de su vida. El maestro finalizó por derribar las dudas.

– Este brebaje le permitirá alejar a la Muerte y a los Malos Espíritus. Es preciso para que el hechizo pueda tener éxito. Deberá beberla mañana, al levantarse, y abstenerse de ingerir alimento alguno hasta mediodía, para que surta efecto – intercambiaron miradas –. Admitimos pagos con tarjetas.

Miro cogió la cartera de un bolsillo interno del abrigo, sacó el plástico y lo deslizó por la hendidura del aparato que sostenía la joven. La cesta llena de billetes había desaparecido. Las cuatro luces verdes indicaron que el pago había sido correcto.

Ya en la calle, Miro se sintió inquieto. La sensación de haber sido engañado llenó su cuerpo. Pero al tiempo un miedo antiguo le impedía arrojar la botella. La miró. No tenía etiqueta. Era un líquido azul. La metió en el bolsillo y comenzó a caminar. Su casa estaba lejos.

Despertó. Fue a aliviar la vejiga. Se dio una ducha. Al salir no fue capaz de mirarse en el espejo; el vaho había invadido toda la sala de baño. Salió caminando torpe, aún algo adormilado. Se acercó a la cocina. Prepararía café. Encendió la luz y descubrió encima de la mesa, esperando amenazante, la botella. Se acercó. La destapó. Olió. Vomitó. ¡Qué asco!

Quedó pensativo. Finalmente, decidió que era mejor no vacilar. De un trago metió el líquido dentro del cuerpo. Sintió arcadas, pero logró contener el vómito.

Tras cinco segundos quieto, de pie, esperando, eructó. Y en seguida salió corriendo. Casi se lo hace por encima. Por fin, aliviado, suspiró. Se irguió de la taza del baño. Tiró de la cadena. Vio cómo el agua se llevaba los restos. Tal vez el brebaje no sirviera para protegerlo de la muerte, pero al menos sí valdría como purgante. Moriría con la barriga vacía.

Miro Doallo regresó a la cocina. Le invadió el olor del café. Un aroma agradable. ¿El café estaría permitido en ese ayuno? ¡Tonterías! Lo bebería. No podía prescindir de su único placer y su único vicio también. Sonrió. Un pensamiento fugaz atravesó en forma de interrogante su consciencia. ¿Habría cambiado de marca de café? No recordaba nunca que oliera así. Si el sabor tenía la misma intensidad, sería un auténtico placer.

El aroma llenaba toda la cocina.

–¡Hola!

–Hola, buenos días.

Se sentó a la mesa. Tenía tostadas, mermelada de fresas, algo de queso fresco, café caliente y leche, caliente y fría. Por un rato se sintió como un rey, como un dios, como un hombre de éxito. Sonrió. Mandaría a la mierda la prohibición de comer. Pero luego la sonrisa heló en los labios. También los condenados a muerte, pensó, tenían una última cena fastuosa antes de ser ejecutados.

–No pienses tanto y come. Vas a llegar tarde.

Cierto. La joven tenía razón, estaba perdiendo tiempo y llegaría tarde al trabajo.

La joven.

¿La joven?

¡¡¡La joven!!!!

Dio un salto y, ya de pie, agarró lo primero que acertó a coger, un tenedor. La joven lo miró sin comprender del todo la reacción del hombre.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás tonto o qué?

—Usted... ¿Quién es? Y, ¿qué hace aquí, en mi casa?

El rostro de la chica era de pura extrañeza.

—¡Me invitaste tú!

—¿Yo?

Miro trató de recordar lo que había sucedido la noche anterior. Después trató de recordar todo el día anterior. Y siguió retrocediendo, tratando de hallar en su pasado más reciente, y luego en el más distante, dicha invitación. Ni recordaba tal suceso, ni sabía quién era la joven. Tal vez al salir de la sesión de espiritismo se paró a beber algo para calmarse en algún bar y le habían echado burundanga, por eso no recordaba nada. Pero eso no encajaba. Hasta donde sabía, esos casos se daban con factores invertidos. Además, él no tenía el aspecto que encajaría como objeto de deseo de un psicópata de bar. O eso creía. Además, al levantarse estaba solo en la cama. Y en su casa no había habitación de invitados.

Tratando de mantener la calma, se acercó a la mesa, dejó el tenedor, se sentó en la silla, y cogió la taza con el café ya tibio. Dio un trago.

¡¡Hostia Puta!! ¡¡¡Qué bueno estaba!!!

Tal vez no supiera por qué ella estaba allí, con él, un fracasado sentenciado a muerte por culpa de una carta, pero por lo menos podría morir con el placer de haber tomado por fin un café decente.

Morir.

Su rostro se convirtió en hielo, dejando los ojos clavados sobre la joven.

—¿Y ahora qué?

–¿Qué?

–Estás mirándome de una manera rara.

–Es que... ando un poco perdido. ¿Tú... quién vienes siendo?

–Trebaruna. Tu invitada.

Trebaruna. Nombre raro, sí. Pero él no recordaba tener amigas extranjeras. Mejor dicho, él recordaba y sabía a ciencia cierta que no tenía amigas. De hecho, eso fue lo que le llevó hasta el maestro de ceremonias, a la sesión de espiritismo y a su sentencia de muerte. La idea no era morir, sino encontrar la manera de conseguir una relación, aunque fuese fugaz, con una chica. Se ve que algo falló en el planteamiento. Y justo ahora que iba a morir tenía una joven en su casa.

–¿Por qué estás tan triste?

–Es una larga historia. Pero, dime, ¿cómo fue que te invité? No recuerdo eso. Y no recuerdo haber estado borracho en los últimos días.

–Bebiste el elixir. No hace falta emborracharse, sólo beberlo.

–¿Bebí?

–El jarabe de tojo del Pico Sacro. El zumo azul de esta mañana.

–¿Esa mierda?

Bien, bueno, es verdad que la receta no está muy conseguida, pero para dos o tres veces que se usa cada milenio, tampoco hace falta mejorarla. Sigue funcionando perfectamente, y eso es lo que cuenta al fin y al cabo.

Miro Doallo llegó a su máximo nivel de entendimiento. Las neuronas decidieron cortocircuitar y el mundo desapareció ante él.

Cuando volvió en sí tenía el recuerdo de la caída, no porque lo recordara exactamente, sino porque la zona de la cabeza que había tropezado con el suelo al caer todavía le dolía.

–¿Te mareaste?

Se mareó. Y lo volvió a hacer.

Tardó en restablecerse y recuperar el dominio de sí mismo. Por fin, ya algo más centrado, o menos perdido, logró sentarse en la silla. La joven ya tenía delante dos tazas humeantes con un aroma a café, un aroma que revivía a los muertos, símil que Doallo rechazó de su mente, no era el pensamiento correcto en esa situación.

Ambos estaban mirándose sin saber qué hacer. Finalmente la joven decidió hablar.

—¿Y cómo es que llegaste a esta situación?

—¿Cómo? Buena pregunta. Miro reflexionó y sintió vértigo. Decidió no pensar más.

—Fue por culpa de una sesión de espiritismo.

—¿Espiritismo?

—Sí. El Maestro Kebe habla con los espíritus, y pone a la gente en contacto con las fuerzas del Más allá para conseguir nuestros objetivos en este mundo.

—¿Quién?

—El maestro Kebe.

—¿El qué?

—¿El qué, qué?

—El que ve, qué ve.

—No ve nada, habla.

—Dijiste que veía.

—No, no dije eso. Dije Kebe, con ca de kilo y con be. Es su nombre.

—Extraño nombre. Y poco idóneo, por lo que cuentas.

—Ya. Pues era él o el Maestro Fode. Y el nombre de este último no me inspiraba confianza.

Pues el Kebe ese tampoco parece una lumbrera. ¿Y de qué va eso de contactar con los espíritus?

– Básicamente era echar cartas. Ellas nos mostrarían lo que nos deparaba el futuro.

– ¿Y a ti qué te tocó?

– La Muerte.

Trebaruna lo miró con seriedad. Y luego se echó a reír. Las carcajadas llenaron la casa. Era un estruendo agudo, molesto, enfermizo.

– ¿Puedes parar?

Calló.

Tomaron el café en silencio. Miro miró al reloj. Dio un salto y salió sin decir nada.

En la calle, la gente procuraba caminar por la zona iluminada por el sol para aprovechar algo el calor en ese enero inclemente. Algunos coches aparcados mostraban una blanca capa de escarcha cubriéndolos. Pero Miro era incapaz de sentir frío. La cabeza no dejaba de dar vueltas al suceso de la mañana. ¿Quién rayos era esa joven? ¿Tremebunda, o cómo era que se llamaba? Podría mirar en internet una respuesta. Desde luego, si era la muerte, tenía que reconocer que era una muerte tremendamente extraña, sin guadaña, ni túnica. Y con carne. Y turgencias.

Cuando fue ante el maestro Kebe para que le echase las cartas, para ver si de esa manera encontraba una chica con la que poder tener una relación, tenía otra idea en la cabeza. Encontrar, encontró, pero lo que se pretendía era que la joven fuese su compañera en vida y no su ejecutora y verdugo. Aunque para cumplir con su sentencia de muerte parecía darse poca prisa. ¿Querría torturarlo? Por lo menos con el café más que castigarlo, le regalaba el paladar.

Caminando deprisa y a veces corriendo para llegar con el menor retraso posible, ya que tarde iba a llegar de todas maneras, advertía millares de sensaciones extrañas. Sentimientos que nunca antes había tenido. Era incapaz de definirlos. Pero sobre todos ellos uno sobresalía. Un zumbido interno, dentro de la cabeza. Una especie de sirena que no dejaba de llenar su mente y que le estaba produciendo un intenso dolor.

Miro Doallo llegó, manos a la obra, deseando olvidar las últimas horas, pero le iba la vida en ellas, por lo que trató de centrarse y descubrir una solución que le permitiera salir con vida del lío en el que estaba metido.

Pasó el día tratando de rumiar los sucesos que vení de vivir, pero el vertigo del trabajo le impidió cualquier otra actividad que no fuera archivar expedientes, telefonar a clientes, y tratar inutilmente de obtener un café de la máquina de la sala de descanso, primero a base de leves empujones, para finalmente meterle a la máquina una golpiza de la que finalizó con los nudillos enrojecidos, y teniendo la sensación de que la máquina de café lo estaba mirando con desprecio.

Harto del trabajo, habiendo olvidado su problema, y necesitado de cafeína, optó por salir de la oficina y respirar un poco.

En la acera, la mesa de la cafetería de la esquina invadía el espacio de los viandantes, quienes tenían que bajar al asfalto y competir con los autos por un espacio para avanzar. Doallo se sentó en la mesa más alejada de la puerta. El café humeaba en la taza y él lo acompañaba echando un cigarrillo, el primero desde que decidió, y logró, dejar de fumar cuatro años antes. Pero el devenir de los acontecimientos invitaba a romper ciertos logros. Además, pensó empecinado, los condenados a muerte tienen derecho a un último cigarrillo.

En la mesa contigua se sentó un hombre. Fibroso, trajeado, con formas perfectas en el rostro, y esa misma perfección también se intuía en un cuerpo perfectamente encajado dentro de un traje que parecía estar hecho a medida. Un hombre que tenía más aspecto de salir de un anuncio de colonias en Navidad, que de transitar por las calles de la ciudad en ese enero gélido. Normalmente Miro no reparaba en nadie. Era un hombre vulgar que entendía que el mundo debería ser un lugar igual de vulgar que él, y por lo tanto la mejor manera de alcanzar esa vulgaridad era no hacer caso de cuanto le rodeaba. Y ese hombre en condiciones normales habría sido castigado por Miro con la más absoluta indiferencia, para no romper sus esquemas prefijados. Lamentablemente, en ese momento se juntaban varios elementos que le hacían a Miro imposible ignorar a ese hombre.

El primero era, evidentemente, las circunstancias que estaba viviendo, y que le obligaban a analizar toda su realidad de otro modo. También, en buena lógica, el miedo a lo desconocido, y más en concreto a esa amenaza de muerte que todavía sentía colgada sobre su cabeza. Aunque hubiera hecho un rito absolutorio, aunque tuviera a su lado a una joven que se suponía que venía a protegerlo. O a ejecutarlo...

¿A qué había venido la joven? Ciertamente, ahora que lo pensaba, aún no había indagado sobre ese hecho. Tendría que tener una seria conversación con la señorita Terebencia, o como se llamara.

Pero lo más importante en ese instante era que Miro no podía dejar de mirar para el hombre. Era un imán para sus ojos. Una fuerza absorbente, imparable, que le impelía a clavar la vista en él.

Algo avergonzado, muy cansado, y sobre todo apurado por haberse demorado en exceso con el café, Miro regresó a la carrera a la oficina. Un montón de papeles estaban esperando por su eficacia de burócrata. Si salía de esta, tendría que ver de apuntarse a una academia y preparar posiciones, a ver si convirtiéndose en funcionario del Estado dejaba de trabajar como un burro. La tensión de la empresa privada estaba acabando con él.

Estaba colocando en su orden correspondiente el seguro de decesos de doña María Riuval Ruipérez, el último seguro de decesos para cumplir con los mínimos que la empresa le exigía de mínimo ese mes, a partir de aquí todo serían contratos para comisionar. Una sonrisa llenó su cara. Todavía quedaban tres días. Podría, por fin, tener un salario decente ese mes. Aún no había finalizado de archivar los papeles en la carpeta, cuando advirtió una presencia ante su mesa. Estaba de suerte. Esa persona sería el primer seguro para comisionar. No lo podía dejar escapar. Alzó la vista procurando mostrar su mejor imagen...

Pero...

Resultó tener ante la mesa al hombre perfecto de la mesa de la cafetería de abajo. ¿Qué demonios hacía ese allí? Era el típico individuo que no precisa nada de nadie. Por el contrario, era a quién los demás sí precisaban. Y desde luego no parecía necesitar un seguro de decesos.

—Buenos días, señor...—el hombre cogió de por encima de la mesa el cartel con el nombre y miró con el entrecejo arrugado, en un gesto que Miro no supo si definir cómo de desagrado o asco—... Don Miro Doallo.

—Mismamente. Soy yo.

Se miraron en silencio. Miro esperaba con miedo. El hombre lo sabía, por lo que se demoraba en hablar.

—¿Quiere usted hacer un seguro de vida?

–La vida es algo que no me importa.

–¡Oh!

Como respuesta no era gran cosa, pero Miro se sintió incapaz de poder expresar cualquier otra palabra. Pensó rápido, pero todas las ideas que le venían a la cabeza parecían erradas para ese instante. Finalmente se decidió por lo más simple.

–¿Y en un seguro de hogar no estará interesado?

–Mi hogar no corre riesgo ninguno.

–¡¡¡Vaya!!!

Miro seguía mostrando una amplia sonrisa a pesar de su desconcierto.

–Y si no quiere un seguro, ¿qué precisa?

–Una mujer.

Eso también lo precisaba Miro, y en su búsqueda fue como finalizó en ese lío.

–Pues tendrá que ir a una agencia matrimonial. O probar con una de esas aplicaciones de móvil para encontrar pareja.

–No busco pareja.

–Pero busca una mujer.

–Sí. Una en concreto. Y pienso que usted sabe algo al respecto de su paradero.

Miro quedó con los labios en suspenso, con una curvatura a medio camino de un “¡Ah!” y de un “¡Oh!”, aunque con opciones muy grandes de alcanzar un “¡¡¡Vaya!!!”, pero con poco sentimiento—. Una mujer que usted conoce.

Miro solo conocía una mujer. Exceptuando las compañeras de trabajo y una tía suya que vivía en la aldea, por lo que dedujo, y dio por cierto, que esa mujer tenía que ser la misma que ahora mismo tendría que estar en su casa.

—¿Telerita?

—Trebaruna.

—Esa misma.

—Será mejor que vayamos a un lugar más discreto.

Miro, miró para la oficina. Los compañeros trabajaban a destajo, unos tecleando delante de los ordenadores, otros hablando enérgicamente por teléfono. Incluso el jefe, dentro de su despacho, estaba moviéndose de parte a parte con un fervor inusitado. Ciertamente nadie repararía en él si dejaba su puesto de trabajo, pero sentía algo dentro suyo, algo que pensaba era responsabilidad, pero que tenía más aspecto de miedo, lo aferraba a la silla. Su interlocutor sonrió. Se apoyó con ambas manos encima de la mesa. De pronto ésta se llenó de papeles. Eran pólizas, dos inmensas columnas, no sólo para un día, si administraba bien todos esos documentos, llenaría un año de trabajo con abundantes comisiones.

—Le invito a un vermú.

—No me gusta.

—Pues tómese otra cosa.

Salieron. Caminaron sin prisa, saboreando un endeble rayo de sol que no calentaba lo suficiente.

—Soy Miro. Miro Doallo.

—Encantado.

Esperó en vano alguna información adicional, pero el no obtener siquiera el nombre de su interlocutor le impulsó a detenerse. Era la única resistencia que parecía poder manifestar, pero quería, por lo menos ahora, hacerse valer. Quedó esperando. Finalmente el hombre también se detuvo.

—¡Está bien! Me llamo Pepe.

–No es su nombre.

Se echó a reír.

–Evidentemente. Pero por ahora servirá.

Sonrió.

Miro se rindió.

Entraron a una cafetería. Se sentaron al fondo. El local quedó de pronto vacío. Miro sospechó que algo tenía que ver el tal Pepe, pero no había advertido nada en él, ni un gesto, ni una palabra, nada. El camarero, como si de un autómata se tratara, se acercó con dos cervezas, sin antes haber preguntado a ninguno los dos que deseaban.

–Pensé que preferiría más de una cerveza.

–Sí. Será mejor–Miro se creyó en el deber de hablar, de preguntar cosas, aunque no tenía ánimos de hablar, pero lo silencio lo dañaba–. Entonces, ¿qué quiere de la chica?

Apareció el camarero nuevamente. Traía una bandeja llena de pinchos variados. Miro recordaba haber estado anteriormente en esa cafetería y no haber sido nunca agasajado con nada que no fueran unas de olivas, nunca más de cuatro. No tenía claro qué pensar al respecto. ¿Sería el tal Pepe un cliente habitual?

–Coma algo. Parece tener hambre. Y ya es mediodía.

–Gracias. Entonces, ¿está buscando a esa mujer, verdad? ¿Es amigo del Maestro Kebe?

–No soy amigo de nadie.

Y ciertamente parecía decir la verdad.

–¿Y para qué busca a esa joven?

–Para devolverla a su hogar.

Quedó mudo. ¿Escaparía de un tirano, de un maltratador? Tenía que andar con cuidado, no fuera a ser víctima de un crimen pasional sin haber hecho nada. Esto elevaba a otra dimensión el suceso.

–Yo no he hecho nada.

–¿Y qué tendría que haber hecho usted, Miro?

Analizó esas palabras, pero no parecía haber segundas intenciones en el tono de la voz. Miraba despreocupado y se sentía seguro. ¿Sería prudente excusarse para ir al baño y aprovechar para llamar a la policía?

–¿Es su esposo?

–¡Oh, no, qué va!

Si no era el marido, ¿por qué quería llevársela? Miro intentó pensar. Dio un trago. cogió un mini sandwich de jamón y queso. comió meditando, tenía que sabe definir bien su siguiente paso.

–Y si no es su marido, ¿por que quiere llevarla con usted?

–Esa joven no es quien usted piensa que es. Y no puede seguir aquí. Podría ser peligroso, para usted y para la otra gente.

Miro miraba al hombre. Recordaba a Trebaruna. Comparando ambos personajes resultaba difícil creer que la joven fuera un peligro para nadie. Sus dudas se manifestaron en forma de pregunta.

–Con peligroso, ¿a que se refiere, exactamente?

–Puede matarlo.

Miro Doallo guardó un meditativo silencio. Ciertamente que la joven había aparecido después de que el destino le regalara la carta de la muerte, pero había bebido el antídoto. De hecho ella se presentó después de ingerir el brebaje esa del demonio.

Decidieron acercarse a casa de Miro. Era mejor afrontar los problemas de cara. En la calle sintieron cierto tumulto, una turba inexpugnable tenía abarrotada la calle. Un zumbido dentro de su cabeza llevó a Miro Doallo a temer lo peor.

Y lo peor era ver al fondo su casa quemada. Desde la calle se veía cómo el humo salía por la ventana de su cuarto.

–Era a esto a lo que yo exactamente me refería.

Miro vio de soslayo cómo una sonrisa de satisfacción llenaba la faz del tal Pepe. Sin más preámbulo echó a correr. Unos bomberos lo detuvieron. Poco valió que les explicara que era el dueño del inmueble, más bien las caras que encontró fueron una mezcla de asco y desprecio. Miro quedó parado en la acera sin comprender. Entonces un policía local se apiadó de él y se acercó para informarle.

La próxima vez no deje la sartén en el fuego. Por cierto, no sé si el seguro le abonará los daños, pero en breve llegará a su casa la factura con el gasto de los bomberos y del deterioro en los bienes urbanos. Desde que llegue, tiene veinte días para hacer el pago o le cargarán intereses.

Le tendió un papel. Lo miró, pero era incapaz de entender lo que estaba escrito en él.

Pepe se acercó despacio.

–Bien, pienso que ya es suficiente. ¿Qué le parece si vamos por su invitada?

–No es mi invitada.

Fastidiado, avanzó hasta el portal. El ascensor estaba fuera de servicio por culpa del fuego. Comenzó a subir con paso grave, cansado, un avanzar de derrota. Siempre imaginó que los ascensos serían alegres, luminosos. Ascender era signo de buena fortuna, uno asciende al éxito, no a una tercera planta quemada. Ascendió para comprobar los daños de un fuego que arrasó su vivienda y muy posiblemente también arrasaría sus ahorros.

Ante el umbral quedó pensativo, pero todo en su mente era negrura, de humo y de desesperanza. Tal vez le habría sido mejor haber muerto en ese amanecer que parecía preceder a la locura.

Entró.

¿Entró?

Era imposible. ¡Esa no podría ser su casa! Y menos acabando de ser asolada por el fuego. Tendría que estar todo negro, quemado, y con olor a humo. Debería haber cenizas por todas partes, pero no era así. Olía a pino, pero a pino vivo, un intenso aroma de bosque en primavera.

Los armarios estaban brillantes, el suelo brillante, las paredes lustrosas, con la pintura de una intensidad que jamás había tenido, ni de nueva. Atónito, abrió la boca sin saber qué decir.

–Todo puede tener solución –Pepe salió de la cocina limpiándose unas motas de polvo del hombro–, pero tienes que dejarte ayudar.

–¿Tu quién vienes siendo? ¿Un demonio o algo así?

–Coño, Miro, ¡acabo de arreglar tu casa de una absoluta destrucción y me llamas brujo! Podrías ser un poco más amable.

A Miro se le congelaron diversas partes de la anatomía, comenzando por el carnet de hombre. Acobardado, y sobre todo avergonzado, esperaba que la cólera de su acompañante explotara.

Por contra, este rió llenando la casa con la cacofonía de sus carcajadas.

–Joder, no aguantas una broma. Tranquilo, hombre, estoy aquí para ayudarte. Y para coger a esa lumia y devolverla a su hogar.

Miro cayó sobre un butacón del salón. Todo su mundo estaba patas arriba, pero ya nada importaba.

Una idea nació dentro de él. Era una locura, pero la realidad en la que estaba viviendo tampoco es que hubiera mucha sensatez.

Saltó del butacón y echó a correr. Bajó la escalera con una agilidad desconocida en sus cuarenta y cinco años de vida. Y ciertamente fue consciente de su propia vida. Estaba condenado a muerte, pero se sentía vital como nunca en todos sus años, años que ya no reconocía como suyos, existencia que rechazaba y que no deseaba que siguiera marcando la realidad de su existencia.

Corrió como nunca calle arriba. Llegó a un cruce con las piernas temblando y el corazón desbocado a punto de salirse por la boca. Sudando y respirando entrecortado. Se detuvo. Sí. ¡Sí! ¡¡¡SSSSIIIIII!!!

No.

No era la dirección. Dio media vuelta y deshizo el camino. Llegó a casa y siguió calle abajo.

Corría todavía más rápido, como si deseara recuperar el tiempo perdido.

Por fin, ya sin aliento, medio arrodillado, con la boca abierta para poder tragar tanto aire como pudiera coger del exterior, miró al portal. Allí estaba.

Presionó el timbre. Una, dos, tres veces.

Nada.

—¿Qué pensabas? ¿Qué te iba a abrir? El tipo ese estará trabajando. ¿O piensas que vive de leer cartas y líneas de la mano a incautos como tú?

—Pues con lo que cobra, bien que podría dedicarse solo a eso —por fin consiguió erguirse y miró al tal Pepe—. Pensé que no conocías al maestro Kebe.

—Parece que tengo mejores habilidades como vidente que tu mago.

—Y luego te molestas si te llamo brujo.

—Me molesto fácil, y también pronto se me pasa—se acercó a la puerta y de un empujón leve la abrió—. Vamos, pasa.

—Vaya, pensé que estaba cerrada.

Pepe sonrió.

Subieron por el ascensor, ascenso que Miro aprovechó para recuperar aliento. Salieron y avanzaron hasta la puerta del piso del Maestro Kebe. En la puerta colgaba el cartel del Maestro Baba, un cartel donde pedían no molestar porque el Maestro estaba conectado con el Más Allá.

—Anda.

Si no nos abren la puerta, no podremos seguir andando.

—Te crearás gracioso, Pepe.

Pepe rio con desenfado.

–Esta debe ser una puerta al Más Allá, por eso la comparten distintos maestros.

–O es un piso patera y hacen turnos para salir a trabajar, dormir, echar las cartas o leer posos de té a desesperados como tú.

–Sin faltar, que yo no me metí contigo. Entonces, ¿qué hacemos?

–Llama. Para eso viniste. ¿No es así, Miro?

Miro Doallo, con los ánimos disminuidos, acercó el dedo al timbre. Presionó con dejadez. Entonces, Pepe aporreó la puerta con entusiasmo.

–Maestro Baba, abra, que tenemos una urgencia.

La puerta fue abierta por una joven que Miro enseguida reconoció, era la que había recogido las dádivas la noche anterior, al finalizar la sesión.

–Perdone, señorita, estamos buscando al maestro Kebe.

Pepe no aguantó más. Apartó a Miro y se abrió paso ante la resignada indiferencia de la chica. Chilló por el pasillo y ante el umbral de las puertas de las diferentes estancias hasta que el maestro Baba salió.

Hombre enjuto, ni alto ni bajo, faz marrón descolorida, barba de mil siglos cayendo por el pecho hasta el ombligo. Vestía una túnica donde varias aves se removían entre el follaje en una explosión de color que hería la mirada.

–Tú debes ser Baba.

–¿Y ustedes son?

–Supongo que no tendréis libro de reclamaciones, por lo que tendremos que hacer esto como en tiempos pasados.

Pepe cogió al maestro por el cuello, apretó y lo alzó hasta que los pies quedaron balanceándose en el aire. El marrón de la cara pasó a una tonalidad de color más incompatible con la vida. Pepe abrió la mano y el maestro cayó al suelo tosiendo.

–¿Por dónde anda el Kebe?

–¿Quién?

–El maestro que anoche engañó a este incauto.

Miro adoptó una postura de ofendido que nadie advirtió, por lo que regresó a la habitual de asombro.

–Mdongo.

Todos miraron a la chica, quien al sentirse observada sólo pudo encoger los hombros.

–Ese es mi compañero. Lo encontrarán en el paseo que bordea el río Barbaña. A lo mejor.

–¿A lo mejor?

–Hoy es feria y pueden hacer buenas ventas, pero hay que madrugar para coger un buen sitio.

Miro y Pepe intercambiaron miradas de asentimiento y salieron en la búsqueda del maestro en su faceta más terrenal.

–¿Y qué piensas hacer cuándo encontremos a Mondongo?

–Mdongo. Se llama Mdongo. Y yo no he pensado hacer nada. Eres tú quien va a hacer.

Miro detuvo la marcha. Quedó mirando, esperando algo, no sabía a ciencia cierta qué, pero esperaba. Pepe se giró para enfocararlo. Y le explicó.

–Eres tú quien tiene el problema. Eres tú quien salió en la búsqueda del maestro. Y eres tú quien tiene que solucionar este asunto para que la ciudad pueda seguir con su ritmo y tú volver a tu vida.

–Y entonces, tú ¿qué haces aquí? ¿A qué viniste?

–A ayudarte. Nada más.

Un gesto indescifrable llenó la cara de Miro, quien bajó la cabeza y volvió nuevamente a andar. Llegaron a la calle del Paseo. Avanzaron por la calle de la Cruz Roja, enmarcados entre el edificio de la Diputación y el museo Marcos Valcárcel. Esperaron para cruzar la calle Progreso y bajaron por la calle Reza, siguiendo por Porto Carreiro. Al fondo se veían los tenderetes de los feriantes, que tapaban el lecho del riachuelo, mientras se escuchaba algún grito animando a la compra. El paseo que recorría por la orilla del Barbaña estaba abarrotado de puestos de ventas varias: bragas, jamones, quincalla, cedés y aun algún cassette. Y también lleno de gente mirando la mercancía, regateando el precio, o simplemente caminando entre la gente en la búsqueda de algo, como de una cartera que descuidadamente cambiaba de bolsillo. Una mano voraz se detuvo cuándo fue asida por otra más rápida. El joven miró para Pepe. ¿Por qué demonios este tipo se metía en su negocio? El jovenzuelo lo miró con atención y decidió que era mejor no arriesgarse y devolver la cartera al bolsillo de Miro.

Caminaron a la par, sin hablar. Por fin dio Miro con el hombre. Estaba junto a otros paisanos, riendo a carcajadas, de todo y de nada. Miro se acercó decidido.

—¡Maestro Kebe! ¿O debería decir señor Mdongo?

—¡Sí! ¿Qué?

T

oda la decisión de Miro se evaporó. El vistazo del maestro reconvertido en comerciante había desmontado todo su valor.

—Yo... bien, yo... pues es que...

—¿Cómo vino la joven?

El maestro Kebe Mdongo miró fijamente a Pepe. Quedó congelado, como si viese una aparición. Comenzó a temblar.

—Verá, maestro...

Miro no pudo seguir. Mdongo había huido empujando a la gente a su alrededor, dejando un reguero de cuerpos tirados en el suelo tras de sí.

—Vaya, cómo se puso el tipo.

Tras tan aguda observación, Miro trató de dirigirse a los compañeros del huido, y advirtió que iban separándose con pasos lentos, como quien no quiere despertar a nadie, pero no había nadie dormido por el entorno. Extrañado, Miro giró para comentar con Pepe tal hecho, pero se lo encontró mirando con dureza hacia el grupo.

–Puede que tal vez tu maestro sí sepa algo de magia y artes oscuras.

–¿Qué dices?

–Nada. Vamos.

–Pero... él se fue por el otro lado. ¿No vamos a interrogar a sus compañeros, al menos?

–No vamos a ir tras él. Y creo que sus amigos no nos van a decir nada. Creo que saben poco más que tú. Tendremos que buscar por nuestra cuenta.

Pepe, pensativo, miraba hacia el curso del riachuelo. Las aguas del Barbaña trataban de avanzar por entre la basura desparramada en su lecho para poder llegar al Miño, donde desaparecería absorbido por el cauce principal, pudiendo así alejarse de los residuos que iban quedando atrás. Desde siempre, Miro recordaba a la gente de la ciudad mirando con desagrado el riachuelo, o simplemente no mirándolo, tratando de hacer invisible ante ellos esa imagen descuidada de corriente fluvial que apenas llegaba a ser una triste hendidura en la urbe. Pero se extrañó de encontrar a Pepe tan concentrado en el agua, o por lo menos en aquello que debajo de tanta inmundicia parecía algo así como un líquido, no transparente ni insípido, pero lleno de sustancia, eso sí.

A Miro le pareció que Pepe acababa de hacerle un gesto, o tal vez lo soñó. Lo cierto fue que Pepe echó a andar por el lecho del riachuelo. Caminó, y a su paso la basura descartada por los vecinos, parecía que iba creando un camino sobre el que poder caminar. Miro bajó al Barbaña y caminó tras del hombre con decisión. Pocos metros después, ante la mirada atenta de la multitud, que por un rato había dejado de sumergirse en las prendas de barato de los puestos, para alegría de algunos amigos del ajeno por allí metidos, el par dejó el riachuelo y regresaron al paseo de la orilla. Subieron por un camino que llevaba hacia donde principiaban los tenderetes de venta. Allí, el edificio de la plaza de abastos, cercada por un vallado metálico, estaba en silencio. Las obras de rehabilitación del edificio se veían un poco más lentas de lo que los prebostes municipales venían de informar.

Avanzaron dejando a su izquierda la mole esquelética del mercado. Sobre ellos, la calle que conectaba el jardín del Posío con la Alameda se convertía en puente, y bajo uno de sus arcos el dúo fue avanzando. Dicho arco enmarcaba la fuente de las Burgas, fuente centenaria que vomitaba chorros de agua caliente. Bien, centenaria era la construcción en donde tres cañerías escupían el agua, que las fuentes estaban ahí eternamente.

Miro miró a los pies. Tenía el fondo del pantalón lleno de mierda y los zapatos embarrados. Caminaba con cuidado para no resbalar precisamente por todo lo que tenía adherido a las suelas. Pero ante él, el tal Pepe refulgía. No solo estaba limpio, sino que parecía irradiar luz. Tenía que preguntarle su secreto para mantenerse limpio. Miro parecía tener un imán para la mierda.

Delante de las Burgas, tirado en el suelo, un pañuelo. Pepe lo cogió y lo olió.

–Ella. Estuvo aquí.

–Veo que la conoces bien –Pepe lo observó con un rictus de extrañeza pintado en la faz–. Lo digo por eso, eres capaz de reconocer su olor.

–Tú también lo harías.

Le arrojó el pañuelo, que danzó por un instante en el aire esperando a ser cogido. Miro lo agarró con fuerza y se lo acercó a la nariz, deseando aprovechar el aroma de la chica para huir del recuerdo apestoso del lecho del Barbaña, aunque seguramente quedaría una huella endeble por el tiempo que llevaría abandonado el paño en el suelo.

–¡¡¡Agh!!! ¡Qué asco!

El olor a azufre lo perseguiría durante todo el día e incluso algún tiempo más. Seguramente el pañuelo se habría impregnado del olor del agua que manaba de las fuentes. ¿Pero cómo podría haber reconocido e identificado el olor de la chica entre la intensidad del olor a azufre? ¡Menudo olfato debe tener el tal Pepe!

–¿Y cómo sabías que estaría aquí?

El agua. Es su debilidad –cerró los ojos y giró alrededor de sí en la búsqueda de un hilo que lo llevara hasta la joven–. ¿Dónde podrá estar?

Abrió los ojos.

—¡Por allá!

Se lanzó a la carrera.

Miro deseaba que en algún momento todo ese lío finalizara, poder sentarse en el suelo a respirar y poder hablar. La actividad física no era su fuerte. Aunque pensándolo bien no tenía puntos fuertes, todos eran endebles, unos de manera más pertinaz que otros.

Corrieron calle arriba. Doblaron por la calle de la Barrera y llegaron hasta la plaza Mayor. La inclinación de la plaza y la acumulación de gente no les permitía distinguir entre todas esas siluetas a la mujer que buscaban. Fue más el instinto que la certeza quién llevó a Pepe a avanzar. Allí la vieron.

Estaba sentada en el último banco del último vagón del tren-autobús, una imitación de tren de juguete con ruedas que en otras villas servía de tren turístico, pero que en Ourense era una línea regular más, ya que era el único modelo de vehículo que podría transitar por ciertos caminos del recorrido.

La joven les miró y los saludó amigablemente. El tren partió.

Cierto que a la velocidad que avanzaba el vehículo podrían alcanzarlo sin demasiado esfuerzo, pero la carrera calle arriba había dejado al pobre Miro tirado en el suelo, sin fuerzas y buscando con la boca abierta algo de aire para poder sobrevivir a ese instante de dolor intenso en el pecho, que ardía intensamente, en las piernas, que le temblaban y se negaban a sostenerle, y casi en todo el resto del cuerpo.

—Tenemos que seguirla, pero creo que necesitas recuperarte primero.

—Pero, ¿por qué?

—¿Por qué tenemos que detenerla, o por qué debes recuperarte?

—¡¡¡Por qué todo!!!

—Esa mujer es un peligro. ¿A dónde va ese cacharro?

—Va a la zona de las termas. La Outariz. A las afueras de la ciudad.

—Agua.

–Sí, claro. Las termas están en la orilla del río. Hay agua por todas partes.

–¡Mierda!

–Sí, bien, a veces no está muy limpio, pero que se le va a hacer.

Pepe cogió a Miro y lo alzó. Contemplándolo fijamente a los ojos, decidió soltarlo.

–Vamos a tomar un café. Un café rápido. Eso hará que te recuperes.

–¿Un café? Lo dudo. Pero me agrada la idea.

Avanzaron hasta una de las cafeterías desperdigadas por la zona. Miro se sentó en una de las mesas que poblaban la esquina superior de la plaza. Pepe, de un gesto duro y directo, lo invitó a levantarse. Entró en una de las cafeterías al tuntún, simplemente eligió la que estaba más vacía para poder ser atendido lo más rápidamente posible. Mandó a Miro esperar. Regresó con dos cafés en sendos vasos de plástico. El líquido humeaba dentro. Con un gesto Pepe le indicó que se tenían que alejar de la muchedumbre. Una vez distanciados, con un vaso en cada mano, Pepe cerró los ojos y murmuró algo que Miro no tuvo ánimos de tratar de escuchar. Finalizada la salmodia, entregó uno de los cafés a Miro, quien cogió confiado el recipiente y de pronto lo soltó, cayendo y arrojando por el suelo todo el contenido.

–¡Coño, que caliente está!

–Ya lo imaginaba. Toma este –le acercó el otro vaso–. Pero esta vez procura tener cuidado.

–Y luego, ¿tú no bebes?

–No lo preciso.

Con un gesto de desconfianza, dio un trago corto y lento. El líquido no quemaba tanto cómo el vaso. Sabía dulce, con un aroma a leche que llenaba el paladar.

–Gusto más del café solo.

–Y yo gusto más de no tener que venir a salvarle el culo a tontos que visitan a brujos aficionados, pero ya ves que uno no siempre alcanza lo que desea.

Miro no captó del todo la sutileza del comentario, pero consideró que era mejor beber el café sin volver a hacer comentarios.

–Bien. Ahora ya podemos seguir.

Pepe le pidió que lo guiara por el camino más corto hasta las pozas de Outariz, algo que Miro consideraba una locura, por mucho que quisieran correr nunca alcanzarían el tren antes de que llegara a destino. Además, creía seguir sin fuerzas suficientes para alcanzar tal destino. La intensa mirada de Pepe descartó cualquier queja, y comenzaron a caminar.

No pensaba que un café fuera alimento suficiente para emprender tal empresa, pero parecía que las fuerzas perdidas en la carrera desde las Burgas hasta la plaza Mayor habían regresado a su cuerpo. Caminaba ligero, pero lo mejor era que su cabeza ya no estaba embotada, por lo que comenzaba a pensar con claridad. Y fruto de esa clarividencia aparecían dudas dentro de él, dudas que necesitaba sacar de dentro, y creía que hacerlo en forma de pregunta podría ser lo ideal. Lo que ya no tenía tan claro eran las posibilidades de respuesta.

–Pepe, una cosa.

–Dime.

–¿Cómo fue que con un trago de un brebaje pudiera venir esa joven desde el Más Allá?

Miro aflojó el paso y esperó. Esperaba de todo menos una respuesta, pero eso fue lo que obtuvo.

–Simple. Tú tenías un deseo y el brebaje fue un canal para materializar ese deseo.

–Pero –se detuvo, abrió los brazos y mostró faz de extrañeza–yo deseaba otra cosa.

–Deseabas una mujer y vino una mujer.

–Pero yo deseaba otro tipo de mujer, en otra situación, con otro... no sabría explicarlo.

–Ya. Pero uno desea cosas y luego la realidad nos trae lo que le apetece.

–Pero eso no es así. Dicen que tienes que desear algo con fuerza para que se manifieste.El poder de la mente.

–Bueno. Pero recuerda que tanta mente como tienes tú, también la tiene ella. O incluso, en este caso, ella tiene más. ¿O eso no lo tenías en cuenta? Sigamos.

Y volvieron a caminar.

En silencio.

Hasta que nació otra duda.

–Y cuando la encontremos, ¿cómo a mandamos otra vez a su mundo? Ya bebí todo el contenido de la botella del maestro Kebe.

–No te preocupes por eso. Hoy en día venden jarabe de fresa en muchos sitios.

–Pero era licor de tojo del monte del Pindo.

Pepe detuvo la marcha. Miró a Miro. Con seriedad. Hasta que se echó a reír. A carcajadas. Miro, con cara de atontado, aguantaba triste a que Pepe finalizara. Carcajadas que parecían no tener fin.

–Bien. Pues si quieres vamos al monte del Pindo a cortar tojos y hacemos licor.

Y siguió caminando

Cuando llegaron a las termas del Molino encontraron un espectáculo que, como mínimo, se podría denominar pintoresco. En los tres charcos existentes habían nacido sendas fuentes, o mejor decir que se habían convertido en géiseres. Las personas congregadas en la zona habían subido hasta el camino para contemplar el espectáculo.

Miro se sentía extrañamente sorprendido de haber llegado tan rápido y sin advertir cansancio, a pesar de la cantidad de kilómetros caminados. A su lado Pepe miraba hacia las fuentes. Mostraba un aspecto inmaculado, de un blanco que refulgía al sol del mediodía. No recordaba cómo iba vestido cuando salieron de la plaza Mayor, pero creía que tenía un aspecto diferente.

De pronto algo en el Miño obligó a los espectadores a cambiar el enfoque. En la corriente fluvial estaba produciéndose un espectáculo absorbente. De hecho el río estaba siendo absorbido por la tierra. El cauce entró dentro del lecho y el avanzar del río se secó. Parecía cortado. No se veía ningún hueco por donde entrara el agua, simplemente en un punto del trayecto el río se detenía, aunque la corriente seguía avanzando. Era como si hubiera algo que hiciera entrar en la tierra al agua. Al poco, unos metros más abajo, la misma corriente salió, pero no para seguir el curso natural. Brotó en un chorro ascendente, subiendo hacia el cielo. Un ascenso vertiginoso, contranatural. Y metros después comenzó una caída en cascada.

La gente, impresionada pero no asustada, comenzó a sacar los móviles, aquellos que todavía no lo habían hecho ya, y comenzaron a grabar. Estuvo así el fluir del Miño cerca de unos cinco minutos. Y de pronto todo volvió a la normalidad.

Hubo un instante de silencio, y después una explosión de aplausos.

Incluso alguien comentó no sé qué de una apuesta del alcalde de la ciudad por nuevos espectáculos para atraer a la gente a las pozas.

Pepe hizo una seña a Miro y prosiguieron la marcha.

—Creo que se marchó ya de aquí.

—Pero...

Miro quería preguntar “¿a dónde?” rogando para que la respuesta fuera “para casa” y deseando que casa se refiriera a esas dimensiones lejanas que intuía tras las respuestas de Pepe.

—Vamos.

—¿Adonde?

—Tras de ella.

—¿Seguro? —Pepe miró a Miro, toda su cara era duda, duda que no tardó en despejar—. Viste lo que hizo. ¿Cómo quieres que nos enfrentemos a ella?

—Fue por eso que vine. No te preocupes. Vamos.

—¿Tengo que ir?

—¡Claro! Tú la trajiste. Tienes que estar presente para devolverla a su mundo. Yo solo son un canal, pero tú tienes que ser quien la envíe de vuelta.

Miro miró sus manos. En ellas estaba el futuro de la ciudad, incluso podrían estar las del mundo entero.

—¡Tengo que ir al baño!

Y desapareció.

—¿Qué te pasó?

—Tuve una conversación privada con mis intestinos.

—¿Y?

—Ganaron ellos.

Echaron a andar por el camino de regreso a Ourense. Pepe iba abriendo el camino. Tras él, Miro no alcanzaba a mantener el paso. Pepe, ya a la altura del campo de la feria, se detuvo a esperar a Miro.

—No sé qué me pasa. Lo siento. No soy capaz de andar más deprisa. Y me siento muy cansado.

—Normal. Expulsaste el café que te di y ahora sientes los efectos reales de la caminata —giró la cabeza en la búsqueda de algo, pero pareció descontento con lo que encontró—. No tenemos a dónde ir a tomar nada. Tendrás que hacer un último esfuerzo.

—No. Me tienes que dopar o reviento. Aquí cerca, donde ese bloque de edificios, debe haber un par de bares.

Miro a duras penas pudo guiar a Pepe hasta la mole de cemento que de lejos parecía una rústica colmena gris, una colmena de humanos cansados de la vida. En la puerta del único bar del bloque había una mesa alrededor de la cual cinco vecinos conversaban amarrados a sendas cervezas.

Miro se acercó a la barra y pidió dos cafés. No había donde sentarse. Pepe se acercó a la máquina tragaperras y apoyó la mano en un lateral. Uno de los hombres sintió el impulso de acercarse con la cerveza en la mano y un cigarro sin encender colgado de los labios.

Metió una moneda en la ranura, presionó un botón y la luz de la máquina comenzó a parpadear. Un ruido estruendoso llenó el local. La máquina comenzó a escupir monedas como ráfagas de ametralladora. La gente se lanzó sobre el dinero. Parecía que la máquina no tenía intención de dejar de echar dinero.

La mesa de fuera quedó vacía y Miro aprovechó para ocuparla con los cafés.

–No tenías por qué pedir café, me vale cualquier líquido.

–No fastidies. El café está bien. Me gusta.

Vale, pero no te quejes si no logras dormir esta noche.

Miro se quedó mirando a Pepe. No dormir la próxima noche no parecía ser el mayor de los problemas que tenían por delante.

–Pienso que va siendo hora de que me expliques algunas cosas.

–Y luego, Miro. ¿No te llega lo que ya sabes?

–Creo que no. Por ejemplo, dime a donde está yendo ahora.

–Pues no lo sé. Imagino que estará tratando de alimentarse. Pero desconozco cómo lo hará.

Por la mente de Miro aparecieron imágenes de canibalismo que le dejaron la cara totalmente lívida. Como si Pepe supiera perfectamente que estaba pensando, se echó a reír.

–Ese ser que perseguimos es una lumia. Un ser mitad mujer, mitad dragón. Tiene una dieta muy variada, así que sí, puede que como humanos.

–Mierda. ¿Y cómo la vamos a sacar de aquí?

–Pues todavía no lo sé. Pero tenemos que hacerlo rápido. Cuanto más tardemos, más fuerte se hará, y será más difícil expulsarla. E incluso puede que no sea posible y la tengamos que matar.

–¿Y por que no la matamos directamente?

–Mejor no.

–¿Por qué? ¿Acaso es tu mascota y no le quieres hacer daño?

–No, hombre, no. Lo que sucede es que matarla puede romper el equilibrio.

–¿Qué equilibrio? Movi6 las manos en el aire trazando espirales, tratando de que esos gestos valieran c6mo explicaci6n suficiente para no tener que decir ninguna tonter6a–. Viene de muy lejos, y no conviene que le pase nada aqu6. Tampoco convendr6a que hiciese nada aqu6, pero eso ya es dif6cil. Por lo menos tenemos que tratar que no sea muy grave su paso por esta realidad.

–¿Poner el r6o a subir al cielo y caer como una cascada no te parece grave de bastante?

–S6. Pero hay cosas peores.

Miro valor6 las posibilidades que el comentario ofrec6a y decidi6 callar. Acerc6 el caf6 a Pepe. Este lo tom6 con las manos y se lo devolvi6. Bebi6 todo el contenido de un trago.

El instinto de Pepe estaba totalmente echado a perder despu6s de tantas vueltas sin sentido. Trat6 de pensar, pero nada parec6a ofrecer un hilo del que poder tirar para encontrar una soluci6n. Adem6s, no hab6a huella de la chica.

–Habrá algo que la vincule aqu6.

El comentario de Miro le apart6 de su b6squeda.

–¿C6mo dices?

–S6. Supongo que si la lumia vino, es porque tendr6 algo que la una a esta ciudad. No digo que no fuera culpa m6a. Yo la llam6. Pero s6 es cierto que viene de otra dimensi6n, es posible que adem6s haya algo que la vincule a la ciudad. Vamos, que no vendr6a aqu6 un esp6ritu del Jap6n o de la Amazonia por mucho que yo llamara, o por mucho que un maestro me trajera brebajes para invocar esp6ritus. Porque la joven no tiene aspecto de venir de N6ger.

El razonamiento de Miro parec6a acertado, o por lo menos parec6a ser algo de lo que poder echar mano para intentar hallar a la lumia.

–Cual es el lugar más antiguo de la ciudad.

–Pues tenemos la catedral, el pazo de Oca, donde está la sede del Liceo –quedó pensando al tiempo que miraba al cielo, donde una gaviota volaba sin rumbo fijo hasta que, cansada, decidió aterrizar sobre una farola–. ¡Ya lo sé! Estará en el castro de Santomé. Está en un monte, a las afueras de la ciudad. Es posiblemente el lugar más antiguo que se conserva. Imagino que los primeros habitantes de la ciudad harían rituales, por lo que supongo que ella irá allí. Supongo que en ese lugar encontrará lo que precise para recuperar fuerzas.

Pepe no esperó más y comenzó a andar. Miro corrió tras de él. Se le acercó. Tenía muchas dudas y parecía que este era el momento perfecto para poder hacer las preguntas idóneas.

–Oye, perdona, pero tengo curiosidad por saber más de ti. No te llamas Pepe, ¿no es así?

Pepe miró a Miro. La faz era neutra, pero amenazaba con surgir una/una sonrisa en los labios.

–¡Vaya! Veo que tienes una gran intuición.

–Venga, hombre, no me vaciles.

Pepe detuvo la marcha. Valoró las opciones y decidió que lo mejor era no andar con secretos.

–Mi nombre es Edovio. Soy el dios de las aguas termales. Vine por eso. Tengo que tratar de que ese ser no cause demasiados daños en esta tierra. No tanto por la ciudad, cómo por las aguas calientes que la recorren por dentro. Esa es mi misión.

Miro se quedó mirándolo un rato y después rompió a reír. Rió con intensidad hasta que cayó al suelo, donde siguió riéndose mientras la cara se le congestionaba y enrojecía. Un ataque de tos frenó su risa. Quedó tirado en el suelo. Al poco se sentó y miró a Pepe.

–Así que la joven es un monstruo, y tú eres un dios.

–Supongo que a estas alturas será difícil que me creas.

–Al contrario, será sencillo. Sólo tienes que mostrarme tu poder de dios.

Y Miro salió volando tras emerger de debajo de él un intenso chorro de agua caliente.

–No hacía falta que te pusieras así.

–Fuiste tú quien quiso una demostración de mi poder, Miro. ¿Qué iba a hacer?

–Pero... ¿echarme por el aire? ¿Y con un chorro tan caliente? Tengo el culo escaldado.

–Soy el dios de las aguas termales. ¿Qué podría haber hecho? ¿A que ahora no dudas de mí?

Miro quedó mirando al vacío. Ante la imposibilidad de dar una respuesta idónea optó por seguir avanzando. Sacó el móvil del bolsillo y comenzó a teclear.

–¿Qué buscas?

–Me meto en internet para ver si hay en alguna parte una página donde nos digan cómo vencer a una lumia, pero debo estar desactualizado, porque sólo me aparecen respuestas aptas para videojuegos.

–Pienso que nuestra solución no está en esa red.

–Pues no pensarás acabar con la lumia con un cañón de agua. Por lo que me has contado, no creo que esa chica sea de las que se ahogan.

El resto del camino hasta Velle lo hicieron en silencio. Miro profundizaba en la búsqueda de una respuesta en la pantalla del móvil, respuesta que no llegaba. Mientras, Pepe avanzaba absorto en sus pensamientos. Era un dios, sí, pero un dios menor, y con limitaciones por tener que aparecer dentro de un cuerpo humano para poder moverse por esa dimensión. Eso limitaba bastante su poder. Primero tendría que descubrir cómo vencer a la lumia sin sufrir daño. Era la única manera de poder hacer las cosas. Y una vez derrotada, si lo conseguía, trataría de traspasar las dimensiones que los llevarían a ambos a sus mundos respectivos. Y no tenía todavía claro que eso pudiera ser factible.

Por fin la carretera mostraba, tras una curva y pasar un pequeño puente, el letrero que indicaba la dirección hacia el castro. Caminaron por entre casas de una sola planta. Una zona residencial que no mostraba daño alguno. ¿Estarían en el buen camino? Por fin vieron a un vecino, acodado en el muro de piedra que cercaba su chalé. Miro decidió preguntar.

–Hola, buenos días. ¿No vería pasar por aquí a una mujer?

El tipo tenía una hierba en los labios. Movi6 la hierba arriba y abajo mientras miraba fijamente a los dos hombres. Por fin sac6 de la boca la hierba y habl6.

–¿Por qu6?

–Porque precisamos dar con ella.

–¿Por qu6?

–Porque corre peligro.

–¿Peligro de que la atrap6is?

Pepe decidi6 intervenir.

–El peligro es ella.

–¡Vaya! ¿Y c6mo es esa joven?

–Mitad mujer, mitad drag6n.

Miro se asust6. Pepe no pod6a ir diciendo esas cosas por ah6, les tomar6a por locos y los meter6an en un manicomio. Se cubri6 la cabeza con las manos.

–Pues no vi tal. Pero s6 vi una tipa rara caminar hacia el monte. Pero c6mo en estos tiempos los raros somos nosotros, los normales, no me fij6 mucho –call6 y mir6 a los hombres –. Bueno, vosotros tambi6n sois algo extra6os.

–C6mo usted dice, ¿quien no es extra6o hoy en d6a?

–Cierto. Ech6 a correr por all6.

Señaló hacia adelante y volvió a adoptar su postura acodillado en la piedra del muro.

Miro y Pepe salieron a la carrera.

Todavía quedaba en pie algún muro de las ancestrales viviendas. En el lugar se intuía una cierta disposición espacial y varios elementos mostraban algo semejante a una estructura. El castro era en sí mismo un montón de piedras desperdigadas en una explanada invadida por la vegetación, y donde estudiantes universitarios con pocos medios y mucha ilusión trataban de hacer florecer un pasado olvidado por la gente, por desconocimiento, y por las autoridades, por una absoluta incapacidad de entender las ventajas de recuperar un pasado que no tenía mucho que ver con sus intereses.

En el centro de la llanura, sobre una piedra más preparada para hacer churrasco que sacrificios, la joven tenía dispuesta una serie de animales tumbados, posiblemente muertos, aunque puede que simplemente desmayados. Una ave de la que no dieron adivinado su especie, una cosa peluda que parecía ser un conejo de monte, o quizás fuese una rata venida a más, y algo semejante a una familia de caracoles, aunque estos pudieron haber llegado por pura casualidad.

La joven vio llegar a sus perseguidores y mostró su preocupación con una frase que manifestaba claramente sus sentimientos.

–¡¡¡Vaya, llegaron los tontainas!!!

Y siguió con su trabajo.

Abrió ambas bestias por la mitad, para que las entrañas quedaran expuestas al cielo. Miro aprovechó para desmayarse. Pepe lo contempló con una mezcla de desprecio y de asco, y se acercó a la lumia. No tenía una idea clara de cómo enfrentarse, pero sabía que tenía que detenerla antes de que ésta pudiese completar el rito, fuera cual fuera. La joven sonrió y se le fue acercando, acto que desconcertó a Pepe, quien se detuvo a esperar, sin dejar de atender todos los movimientos de la chica.

–Te estarás preguntando qué estoy haciendo.

–Supongo que tan sólo estás alimentándote para después arrasar con todos nosotros.

Ella quedó reflexiva durante un instante, meditando sobre las palabras de Pepe.

–¿Por qué?

–Esperad.

Kebe se marchó. Escucharon cómo removía cosas en una habitación distante de la sala donde estaban reunidos. Por fin el ruido cesó y el maestro regresó. Se sentó ante ellos. Traía cuatro botellas, cada una de un color diferente. Las puso delante. Era una pequeña barrera entre él y los problemas que su ineptitud como mago había causado.

Pepe habló mientras apuntaba con el índice hacia las botellas.

–¿Vamos a corrernos una juerga aquí dentro?

–No. Vamos a probar algunas cosas. Ya que fue un brebaje fue el que os trajo, otro debería sacaros.

–Cómo teoría está un poco colida por los pelos.

–¿Dudas de mí?

–Pues claro que sí. Echaste a correr cuándo nos viste en la feria, y eso que no sabías para que te buscáramos.

Kebe trató de poner un gesto digno para mostrar su desaprobación sobre las insinuaciones acerca de su incompetencia, pero nadie fue capaz de reparar en ese gesto. Sí que repararon todos en Miro.

El pobre hombre, sudando, temblando, sin tener claro que poder hacer y harto de escuchar a todos hablar sin ofrecer soluciones, decidió echarse a la bebida. Cogió la botella que tenía más a mano, que resultó ser una de color rojo, un rojo desteñido que parecía provenir de sangre anémica. Bajó el contenido de un trago, pero antes de tragar todo el líquido escupió, y llenó a Kebe de gotas rosáceas cayéndole por toda su cara. El maestro parecía un Ecce Homo, o algo todavía peor.

–Pienso –la joven habló con una voz dulce, a Miro por un instante le pareció estar escuchando el trinar de un pájaro– que nos deberíamos calmar y pensar que opciones tenemos...

Miro se levantó de la silla y comenzó a caminar por la habitación con gestos que seguramente él creía que eran una danza armoniosa, pero que resultaban más parecidos a los movimientos de un pato mareado.

Todos se quedaron mirándolo.

—¿Un hechizo de danza?—Preguntó Pepe.

—Creo que es una escasa resistencia al alcohol, más bien —miraron para la joven buscando una aclaración más detallada—. ¿No oléis? Este brebaje debe tener por lo menos ochenta grados.

Miro, con los brazos abiertos y una sonrisa curvándole los labios, detuvo la danza equilibrado su cuerpo sobre una pierna, la derecha, y ésta estaba apuntalada solo con la puntera del pie.

Miro cayó.

Cuando despertó, pensó que ya estaba todo arreglado. No había nadie a su lado. Ni maestros, ni demonios. Solo un dolor de cabeza horrible.

Por un rato creyó que ya estaba todo el lío arreglado. Después dio en pensar que tal vez todo habría sido un sueño. Una pesadilla vívida, que le había llenado de inquietud durante una noche. Trató de erguirse, pero las piernas no respondieron a sus deseos y cayó ruidosamente, golpeándose con la cabeza en el suelo. Trató nuevamente de incorporarse y notó la presión de unas manos en sus brazos.

—¿Estás bien?

Miró hacia la voz que le hablaba y vio la cara de Pepe. Volvió a perder la consciencia.

—Vale... Bien... Vamos...

Cuando nuevamente Miro se despertó, se encontró arrojado sobre de un sofá. La habitación estaba casi a oscuras. Las tinieblas eran rotas tímidamente por la luminaria que producía unas velas dispuestas en círculo, rodeando por fuera a los tres compañeros de aventura, que estaban con las manos entrelazadas y que parecían no tener muy claro qué hacer. Kebe, en un intento de officiar de maestro de ceremonias, trataba de componer algo semejante a un conjuro.

Con un equilibrio todavía precario, avanzó. Del borde del círculo, tan pronto Miro estaba a la altura de las velas, surgió una lengua de fuego que fue ascendiendo hasta el techo e impedía a Miro entrar donde el trío. Reculó. Con cada paso para alejarse el fuego iba perdiendo fuerza, hasta el punto que cuando estuvo en el umbral de la puerta de acceso al pasillo pudo ver cómo la lengua de fuego había desaparecido y apenas una tímida llama danzando emergía de las velas.

Como se supo inútil en esos líos satánicos, decidió ir a la cocina en la búsqueda de algo para pasar el tiempo. Comida, un yogur, o tal vez una cerveza.

Una vez allí, en la cocina, le llegaban las voces del trío. Cantaban algo incomprensible, chillaban recriminándose errores, y las más de las veces blasfemaban, lo que a Miro le resultaba todo el rito algo raro. Parecía un comportamiento, no tanto de pobres almas sin recursos, sino ya de humanos desvalidos de cualesquier condición, pero desde luego no era el tipo de vocabulario que uno consideras acomodado para un mago, brujo, o lo que fuera Kebe. Y menos para gentes de otras dimensiones.

Por un rato, con la nevera abierta, y mientras valoraba que cosa coger de dentro, pensó en cómo se las apañaron todos si no pudiesen regresar a sus respectivas vidas y dimensiones.

Convencido de que jamás tendría respuesta para esa duda, consideró que el líquido negro que contenía una botella acostada en la parte baja de la nevera, y que parecía una interesante variante de licor café, era un líquido que debería ser investigado a conciencia.

Extrajo la botella. Se acercó a una mesa que parecía salida de una serie británica de los años setenta. Puso la botella sobre la mesa. Buscó en un armario un vaso, pero no encontró nada. En el fregadero vio como se acumulaba la loza. Se veía que Kebe estaba acostumbrado al desorden. Consideró lavar un vaso, pero también consideró beber a tragos por el morro de la botella. Si el licor era tan bueno cómo parecía, seguramente mataría todo germen a su paso. Y de lo contrario, seguramente ya dentro, en la barriga de Miro, acabaría con todo elemento nocivo. Y puede que incluso con elementos no nocivos. Además, intuyó que una vez hubiese introducido la suficiente cantidad de licor, ya no le importarían los agentes nocivos.

Se sentó en una banqueta a juego con la mesa. A dentelladas arrancó el tapón. Y dio un trago pequeño, tímido, escaso de valor y lleno de respeto.

Dio otro trago. Saboreó en el paladar el líquido. Definitivamente eso no era licor café. Pero estaba bueno.

Y cogió la botella.

Ya que de dioses y seres de otras dimensiones iba el juego, iba a tener un mano a mano intenso con Baco.

Con una absoluta falta de estabilidad, Miro trató de avanzar por el pasillo hacia la habitación de donde procedían voces. Eran voces con palabras ininteligibles en el habla, como si estuvieran hablando con la boca llena de comida. Eso era en definitiva lo que le impulsó a ir. Tenía cierta sensación de vacío en la barriga.

El licor no era licor café, pero estaba bueno de carajo. Bajó bien. De hecho tan bien bajó que terminó con la botella entera. Pero también subió con intensidad. Tardó en comenzar a subir, pero cuando lo hizo, el pelotazo fue intenso.

Apoyado en el dintel de la puerta contemplaba una danza de luces. Tras ese fuego estaban todavía las tres figuras. No tenía claro si estaban bailando o peleando. Veía las manos en el aire moviéndose lentamente, muy lentamente. Y de pronto reparó en una baraja de cartas sobre la mesa. Se acercó. Cogió el primer naipe y se la dio vuelta. La muerte. Allí había comenzado todo. Allí tendría que finalizar todo.

Cogió el manojito de cartas y trató de acercarse con toda la fuerza y estabilidad que su cuerpo era capaz de mostrar. Lamentablemente su estado no podía mostrar más que un cuerpo torpe, sin ser capaz de que las distintas partes del mismo fueran capaces de trabajar coordinadas.

Gritó. O por lo menos trató de chillar.

Arrojó las cartas. La idea era lanzarle todos los naipes en un mazo a la cabeza del maestro Kebe y destrozarle los sesos, algo absurdo en un mundo real, pero ciertamente era una buena opción dentro de la dimensión ética en la que Miro estaba habitando. El resultado fue de lo más discordante con sus intenciones. Las cartas abandonaron su presencia compacta y se desparramaron por los aires. Entraron en contacto con el fuego de las velas y comenzaron a arder. Miro no recordaba que las cartas con las que jugaba a brisca en el bar fueran tan fáciles de quemar. Había intentado usar el truco de marcarlas con la llama de un mechero y el intento se había saldado con un fracaso total.

Las cartas ardiendo entraron dentro del círculo mágico y llegaron hasta la ropa del maestro Kebe, una túnica de algo que parecía lino y que prendió al primer contacto con la primera carta en llamas. La ropa ardió y Miro en esta ocasión sí fue capaz de entender perfectamente las palabras de Kebe, una serie de adjetivos calificativos referidos a su persona, a sus antepasados y a ciertos atributos suyos, adjetivos nada gratos de escuchar y menos siendo el receptor de los mismos.

El maestro Kebe comenzó a arder. La estancia comenzó a calentarse de manera peligrosa. Miro dudaba entre acercarse a salvar al trío, o por lo menos a alguno de ellos, o escapar y ponerse a salvo. Pero las piernas no le respondían. Finalmente descartó toda idea de su mente y optó por sentarse en el suelo a esperar su fin.

Y el fin llegó tras un tiempo que no fue capaz de determinar. Simplemente una tromba de agua cayó sobre él. Empapado y aturdido, parecía que los efluvios del licor estaban desapareciendo de dentro de su organismo.

Sintió que lo aferraban por los hombros y tiraban de él.

Y ya no pudo sentir nada más.

Cuando la oscuridad desapareció, ante Miro surgió una habitación blanca, un montón de máquinas que intermitentemente pitaban.

Una joven se le acercó. Observó las luces de las máquinas, sonrió y marchó. Volvió a perder la conciencia. Y cuando la recuperó, un hombre de bata blanca estaba hablando con la joven de antes. No precisaba tener muchas neuronas activas para enterarse de que estaba en una habitación de hospital. Lo que no sabía era cuántas neuronas le quedarían todavía, después de los últimos estragos. Y tampoco cuanto quedaba de su cuerpo.

Y de su vida.

Fue tras seis días que Miro pudo salir del hospital. Su cuerpo estaba más o menos recompuesto. El fuego del edificio no había dejado en él otra huella con enrojecimiento en el hombro izquierdo. Por efecto de las drogas suministradas por vía intravenosa, o bien por necesidad de pasar página, decidió olvidar todo cuanto había ocurrido en esa jornada.

Poco a poco fue recuperando su monótona vulgaridad. Hubo instantes en los que la soledad dolía en el alma, y pensaba hacer algo para romper con ella y poder alcanzar algo semejante a una relación, pero un relámpago atravesaba su cabeza y recordaba la cara tenebrosa de la muerte mirándolo desde dentro de una carta. Entonces optaba por cerrarse en su mundo.

Y así llegó un día en el que ya todo era olvido.

Y cuando parecía que ya nada podía alterar su existencia, en un atardecer vulgar regresó a casa y, al salir del ascensor, encontró delante de la puerta, sentado en el felpudo, al maestro Kebe.

–Hola.

Aunque no parecía una frase idónea para un instante de tensión semejante al que estaba viviendo, realmente no tenía otra palabra que pudiera salir de sus labios de manera satisfactoria. Kebe irguió su cuerpo con una mezcla de resignación y cansancio. Quedó quieto ante Miro, mirándolo. Ambos estaban parados, esperando en tensión el próximo segundo, un segundo que parecía no llegar nunca. Finalmente Kebe habló.

–Toma esto –le dio una naipe. Estaba vuelto hacia arriba. Era la muerte–. Es un regalo. Tus amigos quieren darte las gracias.

–¿Las gracias?

–Tal vez no recuerdes, pero tu intervención cuando nuestra... reunión estaba fracasando, fue el detonante que les permitió regresar a su mundo.

Y sin más que añadir, Kebe se marchó. Bajó las escaleras escalón a escalón, canturreando algo en un idioma incomprensible para Miro.

Entró. Dejó la carta sobre la mesa. Tenía sed. Fue a la cocina a beber un poco de agua, pero antes de llegar el sonido del timbre de la puerta le obligó a retroceder. Imaginó que era el maestro Kebe que había olvidado decirle cualquier chorrada. Abrió la puerta deseando que fuera rápido y se marchase en seguida para poder seguir con su vida.

Al abrir encontró un rostro de mujer.

–Perdona. Soy la vecina. Acabo de instalarme. Estaba haciendo la cena cuando me di cuenta de que había olvidado comprar sal, y ya es tarde para ir al súper. Podrías dejarme un poco.

Miro no supo qué hacer. Se apartó de la puerta. La invitó a entrar. Se presentó atropelladamente y fue a la cocina a por sal. Se la dio. Ella, con una sonrisa, se disculpó y se marchó.

Ya a solas, Miro se sentó en el sofá. La cara de la chica le resultaba familiar, pero era incapaz de saber de donde la recordaba. Absorto en esos pensamientos volvió a escuchar el timbre de la puerta.

Abrió y la joven estaba otra vez allí.

–Disculpa, no te quiero fastidiar. Soy nueva en la ciudad y no conozco a nadie. Sé que es una osadía, pero me gustaría invitarte. Preparé demasiada cena, y no quiero que se me estropee.

Miro no acertaba a decir nada, por lo que movió la cabeza un asentimiento que le sorprendió a él mismo. Marchó detrás de la chica. Se giró para echar un vistazo al interior del piso antes de cerrar. Y creyó ver que dentro de la carta la muerte estaba sonriéndole con un gesto de divertida malicia.



Toño Guede. (Ourense, Galicia, España, 1971).

José Antonio Santos Guede, también conocido como José A. Santos y como Toño Guede, nació en Ourense el 1 de diciembre de 1971. Es un destacado escritor gallego cuya obra abarca tanto la poesía como la novela.

En el año 2000 publicó su primera novela ***Cicatrices*** (VariEdiciones, Madrid). Desde entonces ha publicado siete novelas en español. Su última novela, que vio la luz en 2021, ***Só ficarán cinzas en algures*** (Editorial Galaxia), está publicada en gallego, mi idioma materno.

Fue en gallego el idioma en el que publicó su primer poemario ***Bolboretas na memoria*** (El taller del poeta), en el año 2009. Tras la publicación de este poemario y en colaboración con otros escritores de la ciudad, creamos la asociación Círculo Poético Ourensán, donde se dedicaron a promocionar la literatura en los centros educativos. Ahora mismo esta asociación celebra un Encuentro de Poesía anual de carácter internacional, y un certamen de poesía para niños de educación primaria.

Su última novela, ***Los demonios lloran arrodillados***, se publicó en 2023 en la editorial colombiana Hoja en Blanco.

Con una prolífica producción literaria, José Antonio Santos Guede se ha establecido como una figura destacada en la escena literaria gallega y española, combinando la sensibilidad poética con tramas cautivadoras en sus novelas. Su versatilidad y dedicación lo han convertido en un referente para las letras contemporáneas en la región.

Fundó el Círculo Poético Ourensán, una plataforma para la promoción de la poesía local. Además, ha colaborado en la revista InViable, contribuyendo con la sección "Antenas de Galicia".

Obra:

En gallego:

Poesía:

- "Bolboretas na memoria" (2009), publicado por Editorial El Taller del Poeta.

Novela:

- "Só ficarán cinzas en algures" (2021), número 435 de la colección Literaria de Galaxia.

En castellano:

Poesía:

- "Decadencia" (2010), publicado por LiberLibro.
- "Días de lluvia" (2011), por Círculo Poético Ourensán.

Novela:

- "Cicatrices" (2000), editada por VariEdiciones.
- "El fin de los sueños" (2006), por Luna Rossa Ediciones.
- "El último suspiro del César" (2008), publicado por Bubok Publishing.
- "Una pesadilla llamada Aurora" (2014), a cargo de United P.C.
- "Mal lugar para morir" (2016), por LiberLibro.
- "Canciones que parecen anunciar la muerte" (2017), editada por Ediciones Atlantis.
- "La danza de los cuerpos imperfectos" (2019), por Ediciones Hades.



UNA JORNADA PARA OLVIDAR

— LIBRUM —
EDITORIAL

www.librumeditorial.com

